

# In memoriam

## Monseñor Arturo Rivera Damas

*El sábado 26 de noviembre fallecía Monseñor Rivera, y durante siete días miles de salvadoreños, de toda clase y condición y en número que sorprendió a todos, desfilaron por la basílica del Sagrado Corazón de Jesús para decirle adiós. No era rutina ni mero cumplimiento, sino un adiós a un obispo que se convirtió en referente obligado en la vida del país y, sobre todo, en salvadoreño entrañable. Así como Monseñor Romero, durante tres breves años, fue un vendaval que conmovió a todos, de Monseñor Rivera podemos decir que fue como el aire cotidiano que hemos respirado durante más de treinta años, en un largo y crítico período de la historia salvadoreña.*

*A este Monseñor queremos recordar ahora con cariño, como salvadoreños y como cristianos, por lo que hizo por el país y la Iglesia. Lo recordamos también porque lo necesitamos, pues su recuerdo —si se toma en serio y no oportunistamente— puede seguir humanizándonos a todos. Y desde estas páginas de ECA lo recordamos con agradecimiento porque con su pluma honró a esta revista y con su apoyo decidido defendió muchas veces a nuestra universidad*

### **1. El Monseñor Rivera salvadoreño: justicia, denuncia, conflictos y negociación**

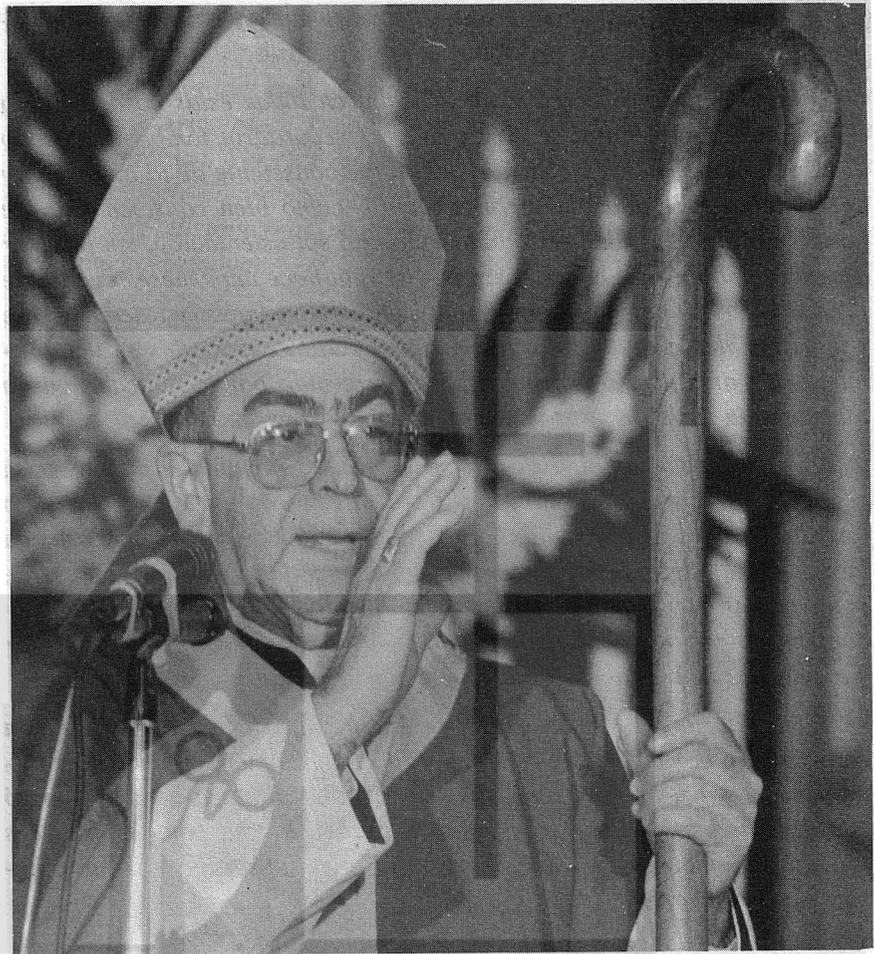
*Con Monseñor Rivera los salvadoreños hemos respirado, ante todo, aires de un hondo humanismo, sincero y no fingido, que encontró su cauce indudablemente en la fe cristiana y en la vida de la Iglesia, pero que echaba sus raíces en lo más hondo de su persona. Y desde ese humanismo hay que comprender cómo y por qué reaccionó ante la situación del país, con su tragedia y sus esperanzas.*

*Desde sus tiempos de obispo auxiliar en los sesenta y setenta, constató la terrible injusticia que producía pobreza, represión y muerte para*

*las mayorías. A ello trató de responder con Medellín y la doctrina social de la Iglesia, con la formación de seminaristas, de universitarios y políticos comprometidos y honrados, y en ello vio algo central, no periférico, de su ministerio. Estallada la guerra, ayudó a las víctimas a través de Tutela Legal, el Secretariado Social, la red de refugios y repoblaciones. Trabajó por apagar el fuego a través del diálogo y la negociación —el primero que lo hizo junto con Ignacio Ellacuría—, en tiempos en que para la derecha era blasfemia dialogar con la izquierda y en que para ésta podía sonar a traición o reformismo o debía ser usado como pura estrategia. Terminada la guerra, grande fue su gozo, que quedó expresado en el abrazo que, con alegría y libertad, dio a los comandantes del FMLN el 2 de febrero de 1992, día en que éstos fueron a ofrendar un ramo de flores al Divino Salvador. Este fue el Monseñor Rivera salvadoreño y buen samaritano, que, sin grandes aspavientos, defendió siempre lo mejor que supo a las víctimas de nuestro país.*

*También desde el principio se encaró con los responsables de todos estos males y los denunció. Juntamente con Mons. Chávez se enfrentó duramente a oligarcas y militares. Cuando estalló la represión y la guerra, denunció la violencia y todo lo que fuesen acciones terroristas del FMLN, pero sobre todo mostró su valentía fustigando al ejército, a los cuerpos de seguridad y a los fatídicos escuadrones de la muerte. Con su calma característica, pero con constancia y firmeza se le podía ver en televisión responsabilizando a tal o cual batallón de alguna masacre, desmintiendo a tal o cual comandante —a veces al gobierno—, y defendiendo siempre a Tutela Legal, aun en los momentos en que ésta era atacada por la misma embajada y el Departamento de Estado norteamericanos.*

*A los gobiernos les dijo claramente la verdad, aunque mostró mayor benevolencia para con la democracia cristiana, quizás porque, en sus inicios, conoció a aquellos de sus miembros más comprometidos con el pueblo o porque tenía esperanza en que ese gobierno pudiera llegar a poner fin a la guerra por medios civilizados. Con los gobiernos de ARENA se comportó con objetividad —a pesar de los muchos denuestos e injustas acusaciones que sufrió de parte de ese partido—, pero con firmeza. Inmediatamente después del asesinato de los jesuitas, cuando la versión oficial gubernamental y norteamericana responsabilizaba de ello al FMLN, Monseñor Rivera dijo que habían sido “los de siempre”, los militares. Y poco antes de las elecciones de marzo sorprendió a todos con su desautorización de votar por un partido que idolatra a su fundador, el responsable del asesinato de Monseñor Romero. Pocas semanas antes de morir, no se acercó a dar el abrazo de paz al presidente de la república durante una misa por la paz porque éste había aprobado que el ejército disparese para resolver un conflicto laboral en San Miguel. Y*



*tampoco fue parco en su crítica a El Diario de Hoy, propalador irredento de mentiras y calumnias. Este fue el Monseñor Rivera, a veces profeta, siempre conciencia ética del país.*

*Todo esto le ocasionó conflictos sin cuento. Fue tildado de comunista y rojo, calumniado y difamado por oligarcas y militares, gobiernos y medios de comunicación. Estuvo amenazado de muerte y durante la ofensiva de noviembre de 1989, las amenazas se las gritaron ante su residencia por altavoces. Todo esto es importante recordarlo ahora, ya que, como siempre, se ha intentado olvidarlo y encubrirlo, en este caso, al otorgarle la asamblea legislativa el nombramiento de "ciudadano meritísimo" a título póstumo. Y recordemos de pasada, que la asamblea también concedió tal distinción, ya en vida, a Monseñor Chávez, mientras Monseñor Romero sigue en lista de espera, pues difícil será que el partido mayoritario reconozca como ciudadano insigne a alguien que fue asesinado por orden de su fundador. Volviendo a nuestro tema, éste*

*fue el Monseñor Rivera denunciador, firme siempre y valiente en ocasiones importantes.*

*Quizás el pueblo salvadoreño pensaba en todas estas cosas cuando desfilaba devotamente ante su cadáver. Y recordaría también su modo de ser en el día a día. Monseñor Rivera fue consciente de la autoridad y del poder que le daba el ser arzobispo —como bien consciente lo fue también Monseñor Chávez—, pero todo ello sin ostentación, sin mostrar ninguna ambición de hacer carrera —se reía hace unos meses cuando le preguntaban si por fin Juan Pablo II lo iba a hacer cardenal—, sin enojos visibles cuando el Vaticano retuvo durante tres años su nombramiento de arzobispo, y sin mostrarse paralizado por la delicada carga que suponía ser el sucesor de su gran amigo Monseñor Romero.*

*Y recordarían también al Monseñor Rivera popular, el que gozaba con la gente en la procesión de la bajada, el de piedad sencilla y no fingida, el que cada semana publicaba cartas campechanas y jocosas en Orientación, el Monseñor que tenía humor, que jugaba pin pon antes de ir a descansar, y el que en la noche tenía sobre la mesilla un teléfono —contra la explícita prohibición médica— por si lo llamaban para mediar y ayudar a resolver algún caso urgente de capturados o desaparecidos.*

*Y recordarían al Monseñor Rivera que trabajó denodadamente, hasta conseguirlo, por comenzar el proceso de canonización de Monseñor Romero, con quien le unió una sincera amistad, y a quien llamó y veneró como verdadero mártir. Este es el Monseñor Rivera popular, a veces fatigado, algunas pocas veces de aspecto algo adusto, pero siempre humano y bonachón.*

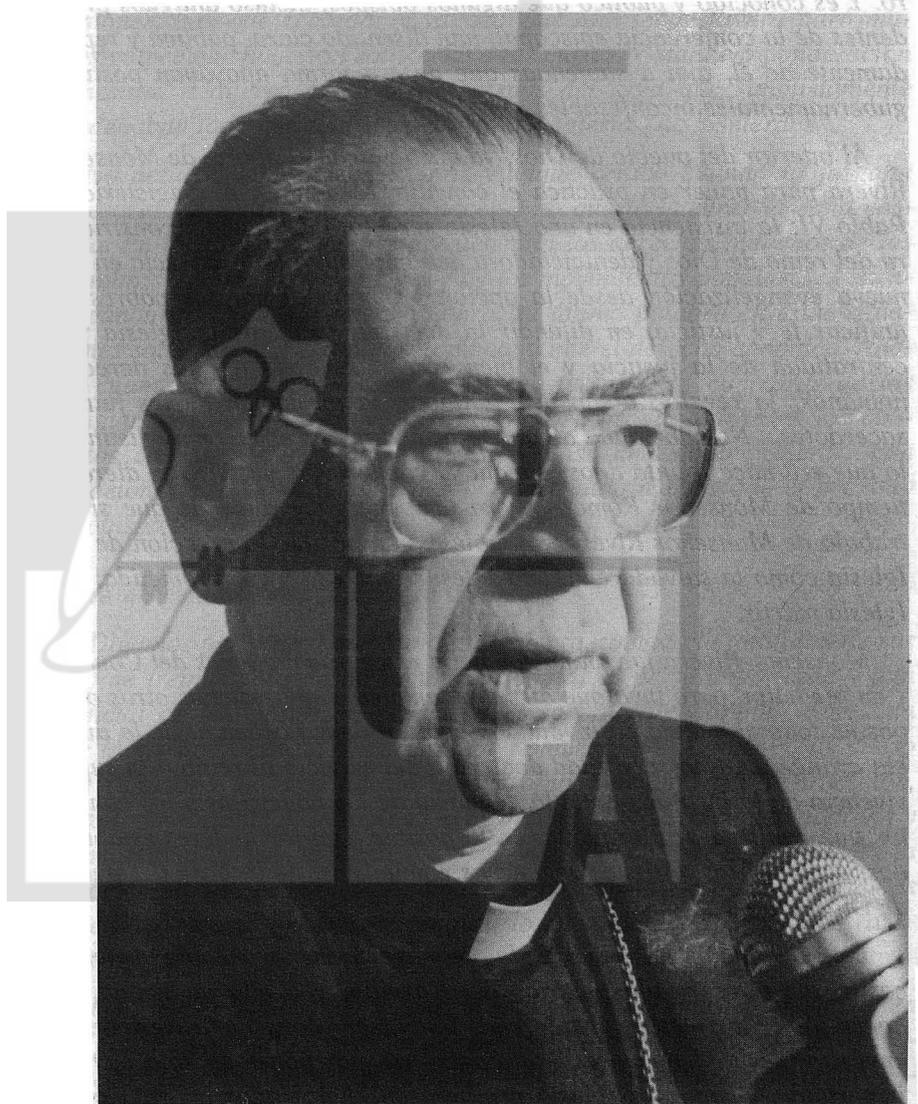
## **2. El Monseñor Rivera eclesial: activo en la evolución, ponderado en la involución eclesial**

*También dentro de la Iglesia de la arquidiócesis hemos respirado con Monseñor Rivera, durante más de treinta años, aires humanos, aunque a merced, también, de los vaivenes que en estos años han propiciado los vientos del Vaticano: el milagro del Concilio y la paulatina marcha atrás.*

*Monseñor Rivera participó, como uno de los obispos más jóvenes, en el Vaticano II, y se enorgullecía de haber sido el único obispo de El Salvador que estuvo presente en todas las sesiones del concilio. No cabe ninguna duda que su actuación fue decisiva para introducir en el país la revolución eclesial y social que hizo el Concilio, y que después profundizó y latinoamericanizó Medellín. Sin él no hubiesen sido posibles las dos primeras semanas de pastoral de la arquidiócesis, conflictivas, pero fructíferas ciertamente, y en cualquier caso necesarias. Sin él no hubie-*

*sen sido posibles las audacias de los años setenta, la audacia pastoral con los campesinos —recuérdese, por ejemplo, su apoyo decidido a los nuevos métodos de evangelización en Aguilares—, ni las audacias teológicas —recuérdese su aprobación del libro de Ignacio Ellacuría Teología política. Sin él, Monseñor Chávez no hubiese tenido la fuerza suficiente para poner en marcha la línea pastoral del Concilio y de Medellín, tan distinta a la que seguía poniendo en práctica el resto de la conferencia episcopal.*

*Esto le supuso no pocos problemas, aunque su temperamento y porte externos no lo dejaran traslucir. Su claro enfrentamiento con los pode-*



*res públicos ya ha quedado consignado, pero hay que recordar también su enfrentamiento con muchos de los obispos salvadoreños y de las curias vaticanas. Tres años tuvo que esperar para que el Vaticano lo nombrara arzobispo de San Salvador, y también tuvo que esperar hasta 1992 —después de 32 años de ser obispo— para ser elegido presidente de la conferencia episcopal, cuando en muchas ocasiones era claramente el candidato más idóneo. Junto con Monseñor Chávez y Monseñor Romero, de quienes fue fiel auxiliar, estuvo prácticamente solo en la conferencia episcopal. Y ya como arzobispo, ha estado en minoría, aun en cosas tan importantes como el diálogo y la negociación, y no logró unanimidad ni siquiera en lo que toca al proceso de canonización de Monseñor Romero. Y es conocido y público que algunos obispos, incluso antiguos presidentes de la conferencia episcopal, han disentido clara, pública y repetidamente de él, aun a sabiendas que de esa forma apoyaban posturas gubernamentales inconfesables.*

*Al interior del pueblo de Dios, ya queda dicho el aporte de Monseñor Rivera para poner en práctica el concilio, Medellín y el magisterio de Pablo VI: la insistencia en una Iglesia servidora del mundo, constructora del reino de Dios y denunciadora del antirreino; la insistencia en una nueva evangelización desde la opción preferencial por los pobres, en unificar fe y justicia, en difundir la doctrina social de la Iglesia y la centralidad de la justicia y el bien común, en defender los derechos humanos; la revalorización de los laicos, la formación de los futuros sacerdotes... No cabe duda de que la arquidiócesis es hoy muy distinta a lo que era hace treinta años, aunque el cambio más decisivo se diera en tiempo de Monseñor Romero. Pero tampoco cabe duda de que sin el trabajo de Monseñor Rivera no hubiese sido posible la creación de una Iglesia como la salvadoreña, una Iglesia generosa y comprometida, una Iglesia mártir.*

*Monseñor Rivera fue un pastor fiel a estas orientaciones del Concilio y de Medellín, pero tuvo que afrontar también, como muchos otros obispos en todo el mundo, la involución eclesial de los ochenta: de la audacia evangélica a la seguridad doctrinal, del servicio al reino a la supervivencia de la institución, de la denuncia de los poderosos y los conflictos que conlleva a la armonía, en lo posible, con los poderes establecidos, a no ser los antiguos regímenes comunistas, de la base del pueblo de Dios a la jerarquía...*

*Esta involución ha desvirtuado, en mayor o menor medida según los casos, los aires revolucionarios del Concilio, y a ella ha tenido que hacer frente la Iglesia salvadoreña. Y también Monseñor Rivera se vio envuelto inevitablemente en esta crisis. Así, por poner un solo ejemplo importante, en nuestra Iglesia proliferaron en los años ochenta movi-*

mientos de todo tipo —algunos en línea alienante—, mientras que aumentaron las tensiones con lo que se dio en llamar peyorativamente Iglesia popular, las comunidades eclesiales de base y algunos de los sacerdotes que trabajaban con ellas. Ambas partes, Monseñor Rivera y las comunidades, tuvieron que cargar con la cruz de las tensiones y, a veces, de las incomprensiones mutuas.

*Las limitaciones humanas que afloran en situaciones tan delicadas, como son la represión y la guerra, no facilitaban el diálogo en estos casos, pero, además, tampoco ayudaron nunciaturas y curias vaticanas, sino que ejercieron fuerte presión sobre Monseñor Rivera para que en nada prosperase la Iglesia popular. Pues bien, aun en medio de estas tensiones, hay que recordar y valorar que Monseñor Rivera paró muchos golpes que hubieran satisfecho a las curias, y mantuvo ponderación y mesura, a diferencia de otros obispos del área que simplistamente condenaban todo lo que proviniese de una Iglesia “de izquierdas”.*

*No actuó así Monseñor Rivera. Aunque crítico cuando lo juzgaba necesario, dialogaba y “dejaba hacer”, no quería quebrar la caña cascada. En cualquier caso, siempre defendió los derechos humanos de los miembros de las comunidades —y de los movimientos populares. Y siendo canonista, cosa que tenía a honra, su última palabra en estas situaciones solía ser más una palabra humana que el derecho canónico. Ahora, cuando se pueden ver las cosas en perspectiva, miembros de las antiguas comunidades reconocen también su propio aporte en los conflictos con Monseñor Rivera. En estos días han estado presentes con devoción y cariño en su funeral —y han pedido a Dios que el próximo arzobispo tenga su humanismo.*

### **3. La necesidad de mantener la tradición**

*Digamos por último que Monseñor Rivera, tomada la totalidad de sus más de treinta años de actuación episcopal, es parte importante y aun esencial de una tradición eclesial y episcopal salvadoreña, expresada por Monseñor Chávez, por Monseñor Romero y por él mismo. Es cierto que cada uno de ellos aportó algo propio y distinto a esta tradición, pero lo importante es la existencia misma de esa tradición salvadoreña y la necesidad de que se mantenga como surco cavado en nuestra historia y por el que nos es más fácil caminar correctamente a los que seguimos en ella. Y esto es importante recordarlo en la actualidad por dos razones.*

*Una, más globalizante, es que se está cerrando ahora en el país y en la Iglesia universal el ciclo en el cual surgió la tradición eclesial salvadoreña. Los poderosos del mundo —también entre los eclesiásticos— desean ahora que ese ciclo se cierre para siempre. Pero los pobres,*

*países e iglesias como los nuestros, necesitan que en el nuevo ciclo que se abra se mantenga presente lo mejor del anterior, la mejor tradición de la Iglesia salvadoreña —y que se minimice la involución.*

*La otra razón es más coyuntural, pero no por ello menos importante: reflexionar sobre el tipo de obispo que puede mantener nuestra tradición, lo cual debiera ser un criterio fundamental para el nombramiento del nuevo arzobispo. La ultraderecha de nuestro país ya ha tenido la sinceridad —y desfachatez— de decir lo que piensa: con la muerte de Monseñor Rivera se puede volver, por fin, a una Iglesia que no se meta en los asuntos del país. Por ello, y teniendo en cuenta la herencia de los tres arzobispos, veamos resumidamente qué necesitan los pobres de este mundo, que ha quedado recogido en la tradición salvadoreña, y según ello qué necesita la Iglesia y cómo debiera ser el sucesor de Monseñor Rivera.*

*En primer lugar, hay que mantener la intuición fundamental del Concilio y de Medellín de no separar lo que Dios ha unido: fe en Dios y servicio al mundo, mantener la identidad de la Iglesia desde su responsabilidad a configurar este mundo como Dios quiere, y no caer en la tentación de pensar que el actual activismo puramente intraeclesial muestra que vamos bien. En segundo lugar, hay que mantener la lógica de los pobres, la opción por ellos, el juzgar el mundo, la economía, la democracia, la paz... desde ellos, el hacer nuestros sus sufrimientos y nuestras sus esperanzas. En tercer lugar, hay que volver, pues poco a poco pueden ir desapareciendo, a la profecía que denuncia la muerte en todas sus formas y a la utopía que anuncia la vida de los pobres. En cuarto lugar, al interior de la Iglesia hay que iluminar con la palabra la verdad de nuestra situación, hay que aglutinar a todo el cuerpo eclesial, hay que acrecentar la fraternidad de todo el pueblo de Dios y disminuir el distanciamiento entre los que están arriba y los que están abajo. Por último, hay que mantener y poner a producir la memoria de los mártires salvadoreños y de todos los mártires que vivieron como Jesús y fueron dados muerte por la misma razón por la que mataron a Jesús. En ellos está nuestra esperanza y ellos nos remiten al origen y centro de nuestra fe.*

*Estos son los rasgos de una tradición eclesial y episcopal, que ha producido una Iglesia sin precedentes, salvadoreña y evangélica, compasiva y mártir. Esa Iglesia llegó a su máximo esplendor con Monseñor Romero, y a través de Monseñor Rivera muchos de sus valores nos han llegado hasta el día de hoy —y hay que mantenerlos. Para elegir al nuevo arzobispo habrá que tener en cuenta, sin duda, otros criterios, pero nos parece fundamental que posea la capacidad de poner a producir los valores mencionados. Con ellos la Iglesia podrá entrar en el*

*próximo milenio como Iglesia de Jesús e Iglesia de los pobres. Sin ellos —y mucho peor si fuese contra ellos—, la Iglesia perderá sabor, credibilidad y relevancia en nuestro país. Se convertiría en una “desconocida” después de cincuenta años de habernos acostumbrado a una Iglesia que ha querido comprometerse con los sufrimientos y las esperanzas de los salvadoreños.*

*Que esto es así se echa de ver ya en los manejos de los poderosos para que se nombre a un arzobispo a su hechura y al servicio de sus intereses. Esos poderosos halagan ahora a la Iglesia —y a todas las curias—, y han nombrado ciudadano meritísimo a Monseñor Rivera —cuando ya no molesta. Pero no hay que llamarse a engaño. Tienen candidatos propios que, cuando han debido hacerlo, no han clamado contra la injusticia ni han arriesgado para poner fin a la guerra.*

*Los pobres de este país se merecen y esperan un arzobispo que prosiga la tradición que con tanta sangre y con tanto amor ha ido generando este pueblo: un arzobispo que recoja lo mejor de sus predecesores, pastoral y popular como Monseñor Chávez, profeta y mártir como Monseñor Romero, humano y bondadoso como Monseñor Rivera. Un arzobispo que empalme con la mejor tradición de los salvadoreños y un arzobispo que empalme con la tradición de Jesús.*

